NACIONES UNIDAS

A

Asamblea General

PROVISIONAL

A/45/PV.4
28 de septiembre de 1990

ESPAÑOL

Cuadragésimo quinto período de sesiones

ASAMBLEA GENERAL

ACTA TAQUIGRAFICA PROVISIONAL DE LA CUARTA SESION

Celebrada en la Sede, Nueva York,
el lunes 24 de septiembre de 1990, a las 10.00 horas

Presidente:	Sr. de MARCO	(Malta)
más tarde:	Sr. THOMPSON (Vicepresidente)	(Fiji)
más tarde:	Sr. de MARCO (Presidente)	(Malta)

- Discurso del Sr. Fernando Collor, Presidente de la República Federativa del Brasil
- Discurso del Sr. François Mitterrand, Presidente de la República Francesa
- Debate general

Declaraciones formuladas por:

Sr. Hannibalsson	(Islandia)
Sra. de St. Jorre	(Seychelles)
Sr. Skubiszewski	(Polonia)

Este documento contiene la versión taquigráfica de los discursos pronunciados en español y de la interpretación de los demás discursos. El texto definitivo será reproducido en los Documentos Oficiales de la Asamblea General.

Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y se enviarán firmadas por un miembro de la delegación interesada, e incorporadas en un ejemplar del acta, dentro del plazo de una semana, a la Jefa de la Sección de Edición de los Documentos Oficiales, Departamento de Servicios de Conferencias, 2 United Nations Plaza, oficina DC2-0750.

90-64097/A 3515V

Se abre la sesión a las 10.15 horas.

DISCURSO DEL SR. FERNANDO COLLOR, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA FEDERATIVA DEL BRASIL

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): La Asamblea escuchará en primer lugar un discurso del Presidente de la República Federativa del Brasil.

El Sr. Fernando Collor, Presidente de la República Federativa del Brasil, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): En nombre de la Asamblea General tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas a Su Excelencia el Sr. Fernando Collor, Presidente de la República Federativa del Brasil, y lo invito a que haga uso de la palabra en la Asamblea General.

El Presidente COLLOR (interpretación del texto inglés proporcionado por la delegación del discurso pronunciado en portugués): Sr. Presidente: Le ruego que acepte mis felicitaciones por su elección. Sus dotes garantizan que nuestras tareas se han de llevar a cabo en una forma justa y eficaz.

También quiero transmitir a su predecesor nuestra agradecimiento por las tareas importantes que ha desempeñado.

Permítaseme que también dé al Secretario General, Sr. Javier Pérez de Cuéllar la seguridad de que el Brasil ha observado y respalda la actividad diplomática que ha emprendido en el cumplimiento de sus funciones. Reconocemos en él a un Secretario General dinámico, dedicado a los elevados propósitos de las Naciones Unidas.

Hace pocos días fue admitido Liechtenstein como nuevo Estado Miembro. En nombre del Brasil le doy la bienvenida y le deseo el mejor de los éxitos en nuestra Organización.

Es la primera vez que hago uso de la palabra ante la Asamblea General de las Naciones Unidas. Compruebo emocionado que el debate general se inicia justamente en un momento en que los cambios múltiples y profundos que se han producido en el Brasil y en el mundo llevaron a una revisión de las ideas y las malas interpretaciones que asfixiaron a la comunidad de naciones durante decenios. Quiero trasmitirles la opinión del pueblo del Brasil y de su nuevo

Gobierno respecto de las perspectivas de paz, libertad y progreso en todo el mundo, así como del papel que ha de desempeñar esta Organización en los años venideros.

Estoy convencido de que el amanecer de la nueva era que nos esforsamos por crear cobrará ciertamente brillo al provenir de este foro privilegiado de reflexión y análisis. Ese brillo dependerá de lo que hagamos individual y colectivamente para lograr la paz mundial, la prosperidad de las naciones y la mayor solidaridad entre los pueblos del mundo.

En los últimos 12 meses, diversos acontecimientos transformaron el panorama de las relaciones internacionales, especialmente entre el Este y el Oeste. Pueblos que habían estado sometidos a regímenes autoritarios han elegido en forma resuelta y definitiva el camino de la democracia. El fin de la guerra fría significó la liquidación de un amargo legado de desilusiones, enfrentamientos y amenazas a la propia supervivencia de la humanidad. La disminución de las tiranteces internacionales arrojó luz sobre el entendimiento de nuestro destino común y puso de relieve el carácter global de las relaciones entre los pueblos y entre la humanidad y el medio ambiente.

Tendencias nuevas y promisorias nos han conducido casi a la euforia y a la complacencia. Pero la vulnerabilidad del orden internacional, el efecto desestabilizador de ciertas crisis regionales y la gravedad de los problemas económicos merecen cautela y reserva.

La crisis que se ha abatido sobre Kuwait constituye una seria e inesperada amenaza a la paz colectiva. En opinión del Gobierno del Brasil, es esencial que las resoluciones obligatorias aprobadas por el Consejo de Seguridad sean acatadas de inmediato. Esas resoluciones fueron aprobadas en respuesta al clamor de la opinión pública internacional, y tienen su fundamento en la Carta de la Organización. En consecuencia, todas las partes involucradas tienen el compromiso de respetarlas, no como un signo de debilidad sino como una obligación jurídica y política ineludible. Este parece ser el único medio justo y pacífico de restablecer la tranquilidad en la región y en el mundo en general. Creemos que todos los Estados tienen un profundo compromiso con la paz y con el uso ágil y eficaz de los medios diplomáticos para evitar el conflicto.

Al acatar las resoluciones en forma inmediata y plena, los Estados Miembros han indicado a su vez, y en forma inequívoca, que una ruptura del orden jurídico internacional es intolerable en una época en que incluso las armas convencionales tienen una fuerza destructiva enorme y la economía internacional muestra una red de intereses complementarios. Han afirmado también su firme apoyo a los esfuerzos de las Naciones Unidas en toda la región, donde muchos pueblos que merecen, como todos los demás, la paz, la seguridad y la prosperidad, se han visto acosados por las crisis durante

tanto tiempo. Al Brasil le preocupa en particular el destino del pueblo del Líbano, que desde hace tanto tiempo sufre desgarrado por las luchas internas y frustrado en su capacidad soberana de decidir su propio destino por la presencia de tropas extranjeras.

Reafirmo la decisión de mi Gobierno de acatar plenamente, dentro de su jurisdicción interna, la resolución 661 (1990) del Consejo de Seguridad. Las decisiones del Consejo afectan los intereses económicos de los Estados Miembros de manera bastante diferente; y el Brasil, que - como se sabe - ha estado afrontando dificultades desde antes de la crisis, se ubica entre los países ajenos a la región que han sido más perjudicados.

En estrecha sintonía con las tendencias más positivas de la historia contemporánea, el Brasil está experimentando un proceso de profunda transformación que lo coloca en forma irreversible en el camino hacia la democracia plena, la liberalización económica y la justicia social. Elegido por mis conciudadanos en las elecciones más libres que se hayan celebrado en nuestra historia, asumí ante 150 millones de brasileños responsabilidades personales y políticas cruciales. El mandato que me fue conferido por el pueblo es el de promover la rápida modernización y la plena integración del país en la economía mundial, a fin de tornarlo más competitivo y permitir que su pueblo alcance los niveles de bienestar a que su capacidad y laboriosidad le dan derecho.

Tengo el compromiso de rehabilitar al Estado y a la sociedad, garantizar el pleno funcionamiento de las instituciones democráticas, reestructurar y revitalizar la economía, derrotar a la inflación, liberar las fuerzas creadoras del sector privado y combatir la miseria que aún atormenta a una parte de mi pueblo.

Es también mi responsabilidad proteger a los sectores más vulnerables de la sociedad. Esto explica por qué he dado máxima prioridad a los niños y a los jóvenes. Se ha dicho reiteradamente que los niños encarnan el futuro, y esto es particularmente cierto en un país como el Brasil, con una población predominantemente joven que anhela ansiosamente la modernización.

Somos conscientes de que nuestro país enfrenta problemas dramáticos en este sentido. No los ocultamos, y tampoco ocultamos nuestra decisión de

resolverlos. Las amplias iniciativas que hemos tomado en favor de los niños revelan la seriedad de nuestro compromiso de convertir el potencial del Brasil en una realidad duradera.

En consecuencia, acojo con entusiasmo la iniciativa de convocar la Cumbre Mundial en favor de la Infancia, a la que el Brasil se asocia y en la que tengo la intención de participar personalmente, en forma intensiva y constructiva.

Como consecuencia de los importantes cambios en curso, el arraigado pesimismo se desvanece y las opiniones enfrentadas están en vías de reconciliarse. El autoritarismo está condenado. Se afirman las actitudes políticas y psicológicas basadas en el firme progreso hacia la libertad, la democracia y el mejoramiento del diálogo entre las naciones.

A esta altura, ningún gobierno puede eludir el debate sobre las perspectivas de un futuro orden mundial ni ser excluido de ese debate. En América Latina hemos alcanzado - no sin dificultad - un estado avanzado de evolución democrática y respeto de los derechos humanos, que constituyen para nosotros una fuente de orgullo y renovado aliento.

En nuestra región, como en otras, los hombres, las mujeres y sobre todo los jóvenes reclaman nuevas energías y esperanzas. América Latina demuestra una vez más que es digna de los sueños de emancipación de sus pueblos y que se ha reconciliado con su verdadera vocación democrática.

En Africa se están derrumbando los vestigios del pasado colonial, al mismo tiempo que el último bastión de la segregación y el racismo finalmente se empieza a derrumbar. Junto con mis compatriotas brasileños saludo la independencia de Namibia, proceso que mi país apoyó constantemente, y deseamos al nuevo Estado el logro de su enorme potencial. También saludo la liberación de Nelson Mandela, que fue aplaudida con entusiasmo en el Brasil, y le deseo pleno éxito en su lucha valerosa.

El programa de la comunidad internacional tiene ahora un alcance global. Las Naciones Unidas se enfrentan a la tarea de establecer un nuevo marco para la paz y la prosperidad. Ya no es posible concebir un mundo crónicamente dividido en partes en pugna, ni se puede permitir que la ideología y la pobreza se interpongan entre los seres humanos.

La tendencia hacia la globalización se aplica a todas las partes del mundo, Este y Oeste, Norte y Sur. El ansia de libertad, de dignidad y de mejores condiciones de vida no conoce fronteras. No debemos perder las nuevas oportunidades pues corremos el riesgo de reemplazar el obsoleto enfrentamiento entre el Este y el Oeste por la agravación de la crisis entre el Norte y el Sur, y de añadir nuevos errores que pondrían en peligro el futuro de la sociedad internacional.

El Gobierno del Brasil está dispuesto a discutir el esquema básico de una nueva estructura internacional que garantice la paz y una mayor cooperación. No bastará meramente mantener los actuales arreglos políticos y económicos del mundo ni mucho menos, repetir el pasado, sea reciente o remoto. El concepto tan anticuado de poder como capacidad de destrucción y expresión de hegemonía económica debe finalmente abandonarse. Es necesario desmantelar su aparato práctico. Así, primero, las alianzas militares deben sufrir una transformación profunda a fin de que reflejen el mundo convergente e interdependiente en el que vivimos hoy día; segundo, las negociaciones parciales sobre desarme deben ampliarse para que tengan un alcance general y completo, sobre todo en las esferas de las armas nucleares y químicas, en respuesta a las expectativas de la comunidad internacional; y, tercero, las tensiones regionales deben abordarse cuidadosamente a los niveles diplomático y político para que sean eliminadas como fuentes de inestabilidad mundial.

Sobre todo, es indispensable articular un nuevo concepto de poder mundial como capacidad revolucionaria de invención, producción y construcción para beneficio de todas las naciones y de todos los pueblos.

La paz es multifacética y a nivel internacional debe traducirse en una tendencia hacia la democracia, la participación y la representación. La democratización del orden mundial es el requisito previo de una paz justa y estable, libre de todo tipo de amenazas. La paz debe significar más que la abolición de los conflictos, las amenazas y la preponderancia hegemónica de los países más desarrollados y más poderosos. Por ende, las instituciones internacionales más importantes deben reflejar las nuevas realidades y deben ser capaces de integrar el aumento rápido y fructífero de contactos entre los Estados y la formación de agrupaciones múltiples.

Este concepto amplio de paz queda ilustrado en el nuevo ritmo que ha cobrado el proceso de diálogo e integración en América del Sur. Día a día los acuerdos entre los grupos de naciones de la Amazonía, los Andes y el Cono Sur cobran más importancia. Entre estos esfuerzos sobresale la determinación demostrada por los Gobiernos del Brasil y la Argentina, que han decidido establecer un mercado común antes de diciembre de 1994. El proceso de integración que está en marcha en el Cono Sur, además del Brasil y la Argentina incorpora a los países hermanos del Paraguay, Uruguay y Chile.

El Grupo de Río, una iniciativa pionera de coordinación diplomática en América Latina, cobra fuerza y ha logrado la madurez política. Nuestra región está así en condiciones de participar en un diálogo con los centros de la economía mundial: los Estados Unidos, Europa occidental y el Japón, a fin de explorar nuevas oportunidades de intercambio y cooperación económicos. Al respecto, la iniciativa económica lanzada recientemente por el Gobierno de los Estados Unidos encontró una reacción positiva de parte de muchos países latinoamericanos y con toda seguridad se consolidará en los meses venideros.

En el Atlántico Sur, la zona de paz y cooperación establecida por una resolución de la Asamblea General cobra cada vez más sustancia y, con el relajamiento de las tensiones internacionales, abarcará nuevos elementos de interés mundial, tales como la protección y la preservación del medio ambiente marino. En esta esfera nuestra zona de paz y cooperación puede desempeñar un papel innovador a escala mundial, siempre que esté a su disposición un mayor apoyo tecnológico y financiero.

El Brasil ha ratificado el Tratado de Tlatelolco y ha reiterado en foros internacionales su respeto por sus propósitos y por los propósitos de los acuerdos internacionales pertinentes. Recientemente, el Brasil y la Argentina anunciaron públicamente que se está llevando a cabo un intercambio de opiniones muy intenso entre las partes interesadas sobre la aplicación del Tratado de Tlatelolco. Esta iniciativa pionera en América Latina en la esfera de la no proliferación de las armas nucleares precedió a todos los demás esfuerzos, regionales o universales, dedicados al mismo objetivo. Sin embargo, creo que ha llegado el momento de dar un paso más. Hoy día el Brasil descarta la idea de realizar cualquier experimento que entrañe explosiones nucleares, aunque sea con fines pacíficos. Confiamos en que otras naciones consideren la posibilidad de seguir el mismo camino.

Al Brasil le interesan todos los cambios que busquen la consolidación de la libertad y la democracia, el fortalecimiento de la paz y la seguridad internacionales verdaderas, la eliminación de todos los antiguos mitos y la reconciliación de la eficiencia con la justicia. Sin embargo, no todos los nuevos acontecimientos que se han producido en la escena internacional están orientados hacia el futuro. En esencia, las estructuras del poder no han sido alteradas. En efecto, se puede incluso temer un refuerzo de la estratificación internacional, tanto a nivel económico como político, lo cual podría incluir una discriminación prejuiciosa que obstaculice el acceso al conocimiento científico y tecnológico.

Los esfuerzos hacia el desarme son todavía muy incipientes y su trato diplomático nunca había estado tan lejos de los foros multilaterales. Los incidentes militares en diferentes partes del mundo demuestran que muchos problemas de seguridad regionales todavía no se han abordado. Las explosiones racistas y xenofóbicas, lamentablemente, se repiten en algunos sectores.

No obstante, no hemos abandonado el optimismo. La historia no será reescrita. Creemos que, frente al reto global de la vida moderna, la humanidad marchará, a pesar de las dificultades y obstáculos presentes, hacia formas de coexistencia nuevas, pacíficas y productivas. La estructura global habrá de permitir nuevos y considerables progresos en el logro de la felicidad humana. No estamos condenados a las amenazas de la violencia y del enfrentamiento político.

Se anuncia una agenda muy prometedora que incluye no sólo la reactivación del desarrollo económico y de la cooperación internacional sino de los temas relativos a la observancia de todos los derechos humanos - políticos, económicos y sociales -, así como también a los esfuerzos para proteger el medio ambiente a una escala global y a la lucha contra el tráfico ilícito de estupefacientes. Al desaparecer las tirantezes entre el Este y el Oeste, hay que establecer con renovado vigor las nuevas directrices de un orden económico internacional.

Persisten prácticas perversas y mecanismos de proteccionismo y manipulación del comercio. Estas aperturas parciales que a veces ocurren se basan en la observancia rígida del principio de reciprocidad, en detrimento de las economías más frágiles. Es perturbador que los esfuerzos en nombre de la liberación económica y comercial deban compartir el escenario con la presente ola neo-proteccionista. Al abrir su economía al mundo, y en la inteligencia de que se establecerá una economía mundial abierta, el Brasil participa en la actual Ronda Uruguay y confía en que estas negociaciones, llevadas a cabo dentro del marco del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT), puedan corregir el desorden persistente y la atrofia que afecta al comercio internacional.

El uso de subsidios para la exportación y otras medidas de apoyo internas de parte de los países desarrollados ha alcanzado niveles excesivos, afectando fuertemente a países en vías de desarrollo que, de otra forma, serían capaces

de aumentar el suministro mundial de productos agrícolas o agroindustriales. Es deplorable que el arsenal proteccionista que actualmente utiliza el mundo desarrollado obstaculice el aumento de la producción mundial de alimentos, mientras que el hambre todavía aflige a gran parte de la humanidad.

Depositamos una gran esperanza en que se obtengan resultados equilibrados en todos los sectores que actualmente se están negociando en la Ronda Uruguay, que podrían fortalecer el multilateralismo y anular las tendencias restrictivas. No deseamos que se congelen las desigualdades Norte-Sur ni tampoco que se continúe sofocando por medios artificiales la competencia libre.

En el contexto de las dificultades económicas bien conocidas a las que se enfrentan las grandes Potencias económicas, tanto a nivel interno como en sus relaciones entre sí, se vislumbra el riesgo de que los megabloques no se guíen por los intereses globales, por la lógica de la apertura económica y el sentido de la totalidad. Al contrario, existe el riesgo de que degeneren en verdaderas "fortalezas comerciales". Hay dos retos que oscurecen este panorama. El primero se refiere a la absorción ordenada de países de Europa oriental en el mercado mundial, de manera tal que este desarrollo de largo alcance y positivo no rompa el comercio tradicional Norte-Sur y las corrientes de inversión no añadan una carga más a la situación ya precaria de las economías de los países en desarrollo. El segundo reto se deriva de la desigualdad económica radical y persistente entre las naciones, hecho que en sí mismo es uno de los obstáculos principales para el desarrollo pleno de las fuerzas económicas y sociales a escala mundial.

La cuestión del desarrollo económico y la cooperación internacional debe encabezar la agenda multilateral.

En el Brasil se está desarrollando un programa global y coherente de reforma económica y social que, a fin de que se pueda aplicar rápidamente, exige un insumo rápido de fondos externos, concedidos en condiciones favorables y mutuamente beneficiosas. Dichas medidas, al irse adoptando, están invirtiendo una situación económica cuyas perspectivas eran muy desalentadoras y están abriendo el camino a la restitución inmediata de la cooperación internacional con el Brasil.

Confiamos en que este esfuerzo pueda suscitar una respuesta positiva de parte de nuestros asociados más importantes en el mundo desarrollado.

Deseamos aprovechar al máximo el momento actual, en el que lo nuevo sustituye a lo antiguo en tantas formas. El Brasil desea desempeñar cabalmente su papel en la concepción de un marco global de paz y de cooperación.

En este sentido, al adoptar la Declaración sobre la cooperación económica internacional en mayo último, esta Asamblea llegó a reconocer, mediante la voz unánime de sus Estados Miembros, que la revitalización económica de los países en desarrollo es el reto principal de este decenio.

El Brasil busca la eficiencia económica y desea que la economía de todo país en desarrollo sea productiva. Esta meta sólo se podrá alcanzar si se organiza mejor la economía mundial. Esta es una responsabilidad compartida por todos los países. La persistencia de la hambruna, la carencia de comodidades mínimas y los sufrimientos económicos extremos en muchas zonas, en última instancia afectan a la totalidad mediante la devastación del medio ambiente, la violación sistemática de los derechos humanos y la producción y tráfico ilícito de estupefacientes. Se ven así desastrosamente afectadas la conciencia y la forma de vida de toda sociedad.

El último decenio, si bien las libertades públicas y el pluralismo político fueron propicios, fue al mismo tiempo cruel y parsimonioso respecto al desarrollo económico y social. El desarrollo, no obstante, es crucial para la consolidación de las instituciones democráticas. Los esfuerzos titánicos de muchos pueblos del mundo en desarrollo no tuvieron resultado alguno debido a la transferencia enorme y continua al extranjero de bienes esenciales para el crecimiento económico y la inversión.

Encontrar una solución permanente al problema de la deuda externa es tarea urgente y de interés primordial para el futuro de los países en vías de desarrollo, especialmente para la América Latina. La recuperación económica de nuestros pueblos es un imperativo inevitable que no puede sacrificarse, y que no se sacrificará. La estabilización económica y las iniciativas de modernización en los países en desarrollo, y especialmente su integración más plena a la economía mundial, se verían amenazadas si el problema de la deuda externa mantiene sus características actuales. Parece indispensable que un diálogo serio, franco y creativo logre una solución a nivel internacional que pueda permitir la reanudación del proceso del crecimiento económico y el desarrollo de nuestros pueblos.

El segundo tema importante de la nueva agenda internacional se refiere al medio ambiente.

Desde esta tribuna deseo formular una invitación al mundo para que venga al Brasil en 1992 a fin de asistir a la gran Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, tal vez la más importante reunión internacional a celebrarse durante este siglo debido al tema que trata, que es de interés vital para la humanidad, y teniendo en cuenta el número de participantes previstos, inclusive algunos a nivel no gubernamental. Invito a todos los Jefes de Estado y de Gobierno a que asistan a esta reunión. El Brasil los acogerá con los brazos abiertos.

Esta Conferencia llevará a una definición más precisa de la preocupación genérica respecto del medio ambiente, así como permitirá la concertación de acuerdos sobre la base de un sentido de responsabilidad compartida de todos los actores internacionales. Para que esto ocurra, corresponde que los gobiernos asuman sus responsabilidades y revisen sus objetivos. El Brasil está dispuesto a realizar su parte, confiado en que los demás países harán lo mismo.

Estamos tratando de atacar con energía los problemas ambientales del Brasil. A pesar de las serias dificultades económicas, los graves problemas sociales y la enorme expansión de nuestro territorio, el Gobierno y la sociedad del Brasil ya han realizado esfuerzos en el ámbito del medio ambiente que se pueden comparar favorablemente con los esfuerzos de otros países. A medida que se desarrolle un sistema de supervisión ambiental en el Brasil, iremos estableciendo un sistema de zonas en el país, especialmente en el Amazonas, para delimitar científicamente las grandes zonas que deben preservarse totalmente, así como las que pueden contribuir al desarrollo económico en diferentes grados y bajo una disciplina rigurosa.

Como todos los demás países en desarrollo, el Brasil necesita tener un acceso más fácil a tecnologías que le permitan eliminar los daños al medio ambiente y que a la vez sean seguras desde el punto de vista ambiental. Esas tecnologías deben utilizarse en beneficio de todos los países. Existe una urgente necesidad de que se establezcan condiciones financieras a nivel internacional que permitan que dichas tecnologías puedan aplicarse en condiciones competitivas.

Los países que a lo largo de la historia han contribuido en mayor medida a la contaminación del ambiente tienen la mayor responsabilidad en este sentido. Al facilitar la disponibilidad de tecnologías y recursos, esos países desempeñarán un papel fundamental en la tarea de revertir la situación de calamidad ambiental injustamente heredada por la generación actual y de ofrecer soluciones apropiadas. Los beneficios no deben ser monopolizados o estar concentrados en unos pocos sino que, por el contrario, deben distribuirse en la mayor medida posible. Prevemos que, animados por un espíritu de justicia, los países más desarrollados comprometerán grandes recursos a la corrección de los problemas ambientales. Dicha corrección, ni siquiera en forma indirecta, debe agrandar la brecha que separa a los países ricos y pobres. Se requiere un mayor grado de solidaridad internacional en lo que se refiere a la utilización de las tecnologías modernas de bajo costo.

Consciente del hecho de que el acceso a la tecnología, así como su producción y uso, es un paradigma económico nuevo y necesario, el Brasil no puede dejar de expresar su profunda preocupación ante las barreras que todavía se oponen al libre intercambio en un sector tan decisivo.

Lo que está en juego es nada menos que nuestra oportunidad de integrarnos al núcleo dinámico de la economía mundial. Los países que estén subordinados en el campo de la tecnología también estarán subordinados en una nueva división internacional del trabajo que surja del desarrollo tecnológico. Las barreras internacionales reflejan la política inflexible que virtualmente divide a los países no muy avanzados desde el punto de vista industrial.

Las preocupaciones del Brasil son comprensibles no sólo por su capacidad tecnológica, que se encuentra entre las más avanzadas del mundo en desarrollo, sino también porque vivimos en una situación de normalidad democrática, con instituciones que realmente funcionan y un Gobierno que es absolutamente fiel al imperio del derecho y a sus compromisos internacionales.

No puedo dejar de referirme a la importancia que la cuestión de los derechos humanos va cobrando en nuestra agenda común. En vista de la actual expansión de los ideales democráticos, la consideración internacional de este tema tendrá mayor alcance y precisión.

El Brasil apoya esta tendencia con firmeza. En efecto, creemos que el mundo está en el umbral de un salto cualitativo en este campo. Las afrentas a los derechos humanos deben denunciarse y combatirse con el mismo vigor en cualquier lugar que ocurrieren. Una de mis inquietudes fundamentales en esta materia es la preservación de la vida y costumbres de las comunidades autóctonas del Brasil. Con esta finalidad, mi Gobierno ha tomado medidas drásticas en los primeros seis meses de su mandato, en una actitud de absoluto respeto e indeclinable protección de los derechos de los indios brasileños. Queda mucho por hacer y, por cierto, se hará.

Mediante sus esfuerzos, la comunidad internacional puede ser una ayuda preciosa para la creación de condiciones a nivel mundial que aseguren el respeto de los derechos humanos en su sentido más amplio. Hoy día corresponde que todos los países asuman nuevas obligaciones a fin de garantizar al individuo mayor libertad de movimiento entre fronteras, eliminar todo vestigio de discriminación y proteger los derechos de los extranjeros. Los derechos humanos deben comprenderse cada vez más en su totalidad, sin distinciones artificiales o falsas entre sus diferentes modalidades.

Cada característica de la nueva estructura mundial señala el crecimiento de las Naciones Unidas. Pueden preverse importantes cambios en esta Organización, aun antes de su quincuagésimo aniversario, para traducir en términos de diplomacia multilateral las realidades internacionales que emergen por doquier.

El mundo no se detuvó en 1945, y en los últimos 12 meses se ha venido elaborando una nueva fase de la historia. Las Naciones Unidas, en especial, han dado pruebas de una creciente energía diplomática. No obstante, la reiterada tendencia de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de actuar como bloque en ciertos casos no parece ser suficiente por sí misma para llevarnos hacia una redifinición institucional de la Organización y del propio Consejo.

Para las Naciones Unidas como el foro más importante - o tal vez el único - de alcance universal que puede responder a los retos actuales, será necesario volver a las intenciones políticas originales de la Carta, que tantas veces se han interpretado mal, incluso recientemente. Esas intenciones hallaron un equilibrio claro entre las prerrogativas de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad y el mantenimiento de la igualdad soberana de los Estados Miembros. Este último es un principio fundamental que debe respetarse como parte del proceso de negociación en todos los órganos de las Naciones Unidas, incluido el Consejo de Seguridad.

El nuevo multilateralismo ha de ser realmente innovador y fiel al principio de la representación equitativa, si no queremos que se convierta en una fórmula estéril o en un disfraz para una crisis política más profunda. Las últimas semanas no sólo han ilustrado de forma clara, directa y dramática el sistema de relaciones internacionales, sino que también han revelado su inestabilidad y vulnerabilidad. Nunca han sido tan importantes como ahora la política y la diplomacia en la escena multilateral.

Mientras construimos nuevas estructuras políticas y económicas, hay que aumentar nuestras demandas de justicia y de participación en el orden internacional en nuestra búsqueda de la eficiencia. Nuestro común empeño en este salón es, al fin y al cabo, la búsqueda de una modernidad aplicable a todas las naciones, algo en lo que todos identifiquemos un rostro humano. Lo que deseamos desde lo más profundo de nuestros corazones es un mundo de paz, cooperación, prosperidad y justicia; un mundo construido sobre los principios básicos del derecho internacional, un mundo en el que podamos vislumbrar en el horizonte el futuro mejor que nuestros pueblos tanto esperan, merecen y están seguros de lograr.

Que Dios nos acompañe.

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): En nombre de la Asamblea General, doy las gracias al Presidente de la República Federativa del Brasil por la declaración que acaba de formular.

El Sr. Fernando Collor, Presidente de la República Federativa del Brasil, es acompañado fuera del Salón de la Asamblea General.

DISCURSO DEL SR. FRANÇOIS MITTERRAND, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA FRANCESA

El PRESIDENTE (interpretación del francés): La Asamblea General escuchará ahora un discurso del Presidente de la República Francesa.

El Sr. François Mitterrand, Presidente de la República Francesa, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El PRESIDENTE (interpretación del francés): En nombre de la Asamblea General tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas a Su Excelencia el Sr. François Mitterrand, Presidente de la República Francesa y lo invito a hacer uso de la palabra ante la Asamblea General.

El Presidente MITTERRAND (Francia) (interpretación del francés): Intervengo por tercera vez ante esta Asamblea General y - créanmelo - esto representa un honor para mi país y para mi persona.

Sr. Presidente: Lo felicito por haber sido electo para dirigir los debates de una Organización que quizá nunca, desde el momento de su creación, ha ejercido tan elevadas responsabilidades, y saludo al país que usted representa.

Ahora me dirijo al Secretario General, Sr. Pérez de Cuéllar, para agradecer su talento, su fuerza de convicción y la actividad que ha consagrado incansablemente a las Naciones Unidas y que tanto ha contribuido a su renovación.

Hace dos años evocaba desde esta tribuna la esperanza de la libertad. ¡Qué caminos se han recorrido desde entonces! En numerosos países, en todos los continentes, la democracia ha triunfado allí donde a menudo se habría podido pensar que estaría exiliada por mucho tiempo. Las fronteras ya no limitan su fuerza contagiosa.

Pensemos en los acontecimientos que han trastornado a Europa y al mundo entero desde 1989, a través de movimientos surgidos desde abajo que, al igual que lo ocurrido con la Revolución francesa, hace ya 200 años, lo han cambiado todo: estructuras, sistemas, hábitos de pensar y de actuar, poderes y miedos, por la única e irresistible necesidad de cambiar de vida de acuerdo con las exigencias del espíritu.

Cuando cayeron los muros que separaban a los pueblos - muros construidos con la idea loca de que el orden que resguardarían podría resistir para siempre los grandes vientos del espacio, los sueños y las ideas - recuerdo haber dicho a mis compatriotas en Francia que momentos de felicidad y de bonanza como ese han sido poco comunes en la historia, puesto que el fin de un orden no significaba necesariamente que surgiera de inmediato otro orden; que eso sería muy difícil.

Y les planteo esta pregunta: ¿Qué haremos con esta era en la que hemos entrado, tan prometedora y tan peligrosa? ¿Qué vamos a hacer con ella?

El enfrentamiento de los bloques militares desde hace largo tiempo nos ha asegurado la paz al desplazar la geografía de los conflictos. Después de la Segunda Guerra Mundial, ¿no hemos acaso contado más de un centenar de conflictos regionales? Lo que se denomina el Sur se convirtió en el teatro de batallas que ya no se libraban en el Norte. La ganancia de una parte era considerada como una pérdida por la otra. Y si esta aritmética básica ha sido superada en el día de hoy, se advierte cómo ella ha bloqueado por más de medio siglo la evolución hacia la avenencia y el apaciguamiento, cómo ha alimentado las desventuras y el duelo de los pueblos desgarrados, cómo ha servido de laboratorio para las relaciones de poder, cómo ha prolongado la dependencia de millones de seres que algunas veces se creyeron dueños de su destino.

El fin del conflicto entre el Este y el Oeste debe celebrarse como una conquista de la razón y del sentido de la responsabilidad. Esta conquista se debe al valor y a la clarividencia de algunos hombres que han sabido dominar la rutina de la historia, el peso de los intereses inmediatos y el choque de las ideologías para concebir un nuevo equilibrio que ya no dependa del terror universal. La humanidad les debe reconocimiento y respeto; eso debo decirlo aquí.

Sin embargo, me abstendré de un optimismo prematuro. Al igual que ustedes, valoro lo que hay de ilusorio en la visión de un mundo que de pronto y sin dolor ha encontrado su camino. Las amenazas a los derechos humanos continúan siendo múltiples, escandalosas e intolerables. Siguen siendo perseguidas las minorías étnicas y religiosas. Los intereses no han perdido nada de su brutalidad: el fuerte vence al débil y el oprimido madura su revancha. A partir de ahora, entonces, el enfrentamiento de los bloques no

podrá servir de excusa a aquellos que crean que la democracia está en peligro, a aquellos que crean poder postergar lo que se espera de ellos hoy en día. Al decir esto pienso - como ustedes lo comprenderán - en las relaciones Norte-Sur.

En un mundo en que nadie, ni siquiera los más poderosos, escapan a la interdependencia de los destinos, uno se siente tentado a replegarse en sí mismo, como si el único medio de afirmar su identidad - sus diferencias - fuera negar la de los otros y como si esta necesidad pudiera encontrar una respuesta en la xenofobia o el nacionalismo.

La conclusión que se abrirá a la crisis y que se dará como consecuencia de la crisis provocada por la agresión iraquí será ejemplar a este respecto, de la misma manera que el drama que recae sobre Liberia tiene valor como advertencia. Si no nos cuidamos, la oportunidad singular que representa el final de los bloques se convertirá en una pesadilla.

Para impedir la anarquía, eliminar la teoría de la ley del más fuerte y evitar la imposición de una alianza de los poderosos de un orden en el que los demás no tengan voz, no conozco sino las reglas del derecho. Nadie, ningún Estado, ninguna filosofía, tiene el monopolio de la ley. La ley refleja la voluntad general y es de destacar que hoy en día asistimos al surgimiento de un acuerdo casi universal sobre valores simples: libertad para hablar, actuar, viajar y elegir a los dirigentes; igualdad, justicia, respeto de los derechos humanos tolerancia y aceptación de las diferencias. Valores todos que propician el valor del diálogo sobre la fuerza. Sabemos que pueden existir la paz y libertad duraderas en las relaciones entre los pueblos sólo si los Estados acuerdan seguir normas comunes que, como dirigentes, es nuestra responsabilidad promulgar.

Con la Organización del Tratado del Atlántico del Norte (OTAN) paralizada, las Naciones Unidas, 45 años después de su nacimiento se están convirtiendo en un juez verdadero, definiendo e intentando aplicar la ley; comenzando a cumplir así la misión asignada por la Carta de San Francisco. Sobre esta base, todo cambiará, o al menos puede hacerlo.

Tenemos que comprender que el advenimiento del derecho nos incumbe a todos. ¿Qué país puede creerse al amparo de la violencia, de la arbitrariedad, de la dominación de otro? Ha llegado el momento de que impere el derecho internacional. Sólo tenemos que tomar decisiones y actuar en consecuencia.

En estos últimos años, la Organización ha estado implicada cada vez más, y con éxito, en el arreglo de conflictos tales como los de Namibia, Nicaragua, la guerra entre el Irán y el Iraq y - espero que pronto - Camboya. Los esfuerzos de las Naciones Unidas por abolir el odioso régimen del apartheid han encontrado finalmente la buena voluntad de dos hombres, ambos sudafricanos; ambos escuchados por sus respectivas comunidades: Nelson Mandela y Frederick De Klerk.

Pero debemos ir más lejos. Nos enfrentamos con la elección entre la ley de la jungla y la ley del derecho. ¿Qué sucedería si nos negamos a elegir? La alternativa está entre los que quieren que triunfe el derecho y los que se acomodan a los dictados de la violencia.

Evidentemente, ahora estoy pensando en la crisis del Golfo. El conflicto iniciado por el Iraq contra Kuwait demostró que el Consejo de Seguridad podía

actuar rápidamente y con cohesión. Desde el comienzo de la crisis hasta la fecha, mi país, miembro permanente de dicho órgano, ha votado, y en ocasiones iniciado, resoluciones sucesivas aprobadas allí. Continuamos siendo totalmente solidarios. Permítanme explicar por qué.

Kuwait es un Estado soberano, miembro de la sociedad internacional. ¿En nombre de qué puede decidirse que ese Estado ha dejado de existir? ¿En nombre de la ley de los aviones, tanques y cañones? Quiero precisar aquí que Francia ha tenido prolongadas relaciones de amistad con el Iraq y que lo apoyamos en la época de mayor peligro, durante la guerra contra el Irán, para ayudar a preservar en esta frontera milenaria el equilibrio histórico entre persas y árabes, cuya ruptura hubiera supuesto un encadenamiento de consecuencias desde todo el mundo árabe hasta las orillas del Atlántico. No reniego de los lazos de amistad forjados en aquellas circunstancias entre el pueblo de Francia y el pueblo iraquí, y espero que, a pesar de todo, puedan resistir esta nueva prueba.

Pero Francia está ante todo al servicio del derecho, tal como lo define el árbitro entre las naciones que es esta Organización. Aplicamos el embargo decidido por el Consejo de Seguridad y contribuimos a su ejecución. A tal fin, hemos enviado fuerzas aeronavales a la zona del Golfo, pero al hacerlo no hemos hecho ningún gesto amenazante o provocador. Nuestra política es la de las Naciones Unidas. Es más, hemos informado a las autoridades del Iraq que nos mantendremos al lado de quien sufra una nueva agresión en la región. Nuestras acciones son defensivas, no ofensivas, pero no seremos complacientes ni cómplices. Una vez cumplida su misión, nuestras fuerzas se retirarán de la zona y volverán a su país.

¿Cómo no podríamos sentir repugnancia por la toma de miles de rehenes, entre ellos más de 500 de mis compatriotas, acogidos hasta hace poco por el Iraq, como ellos mismos admitieron, como invitados, como amigos que confiaban en la hospitalidad de un noble pueblo que se cuenta entre los más antiguos e ilustres de la Tierra? ¿Cómo podemos aceptar que algunos de ellos sirvan como escudos humanos en una lucha que no es la suya? ¿Cómo podemos aceptar la violación y el saqueo de la residencia de nuestro Embajador en Kuwait y el arresto de sus ocupantes? Si realmente se hizo por error, ¿por qué han tardado tanto en admitirlo y por qué se aumentó el número de rehenes con estas nuevas víctimas?

Frente a estos actos repetidos, he tomado decisiones dictadas por el honor y la solidaridad y he enviado refuerzos terrestres a los países amenazados vecinos del Iraq. Mis órdenes siguen siendo las mismas: asegurar el éxito del embargo, es decir, imponer la aplicación de las resoluciones del Consejo de Seguridad, contener toda agresión, servir a la paz con respeto al derecho sin ceder en nada a la violencia. Añado que Francia actúa en estrecho acuerdo con sus asociados de la Comunidad Europea y la Unión Europea Occidental y en coordinación con las fuerzas militares norteamericanas, árabes y otras desplegadas en el Oriente Medio por la misma razón. Esta coordinación no afecta en absoluto a la autonomía de nuestra decisión. He aquí que seguimos dispuestos a buscar cualquier oportunidad de paz, porque nuestra lógica es la de la paz frente a la lógica de la guerra que parece prevalecer y que la política iraquí ha impuesto a un mundo angustiado.

Hasta la fecha, ninguna acción, ninguna palabra del Presidente del Iraq ha dejado entrever ni un resquicio de esperanza de conciliación. Soslaya o rechaza la instancia suprema de las Naciones Unidas, una Organización creada al terminar la segunda guerra mundial por naciones que conocían el costo de la sangre y de la muerte, habiendo sido incapaces en dos ocasiones de triunfar sobre la fatalidad del desastre.

¿Qué decir al Iraq, sino que se han dado las condiciones, que se las puede encontrar en las resoluciones del Consejo, que son el resultado de un acuerdo unánime y que no pueden ser revocadas? ¿Es que ha tocado a su fin la esperanza? ¿No hay ya más margen para la paz? Es un veredicto que no debemos pronunciar. Varios proyectos, provenientes especialmente de Jefes de Estado y de otras personalidades árabes han dado lugar a perspectivas útiles, de lo cual me congratulo. Francia esperaba que los países de esta región del mundo supieran resolver entre sí las diferencias que separan a dos de ellos. Quisiera poder declarar desde esta tribuna que todavía lo espero, porque sería de desear que se eliminaran la duda y la sospecha que, aunque injustamente, provoca la intervención de las fuerzas militares de las Potencias occidentales. Pero la nación árabe no ha superado todavía las divisiones que la separan y no podemos resignarnos a expresar votos piadosos.

A falta de esta solución - que, repito, cuenta o contaría con mi preferencia -, examinemos en qué contexto la diplomacia podría aún colaborar en la búsqueda de una solución. En primer lugar, y hablando claro, digo que no habrá avenencia hasta tanto el Iraq no respete los deseos del Consejo de Seguridad, es decir, que se retire de Kuwait. La soberanía de ese país, lo mismo que la de cualquier otro, no es negociable. Pensemos en esos hombres, en esas mujeres que viven bajo la ocupación extranjera o se han visto obligados a elegir el exilio, en esos pueblos vecinos que, si se le permitiera, dependerían de la voluntad de expansión de un solo hombre o de un Estado guerrero. Que el Iraq, a su vez, afirme su intención de retirar sus tropas, que libere a los rehenes, y todo sería posible.

En una segunda etapa, tal como veo las cosas, la comunidad internacional, que ha castigado la agresión, podría asegurar la puesta en práctica de la retirada militar, el restablecimiento de la soberanía de Kuwait y la expresión democrática de las decisiones del pueblo de Kuwait.

Se daría paso así a la tercera etapa - la que todo el mundo aguarda sin esperarla demasiado puesto que hoy parece fuera de alcance, o que se la teme porque habrá llegado entonces la hora de la decisión -, el momento de sustituir los enfrentamientos que tribulan al Oriente Medio por una dinámica de buena vecindad en paz y con seguridad para todos.

Pienso en el Líbano, que no ha recuperado por completo la soberanía sobre su territorio, ocupado todavía por tropas extranjeras, dividido por la puja de fuerzas contrarias; pienso en los palestinos, presas de desesperación, tentados a intentar todo tipo de aventuras para satisfacer sus legítimas aspiraciones a tener un suelo que sea su patria, en la que pudieran crear las estructuras estatales de su agrado; pienso en Israel, que vive en la inseguridad permanente; en resumen, pienso en todos estos pueblos aplastados por el exceso de armamentos, para los cuales el estado de guerra permanente se ha convertido en el destino cotidiano.

Que se me entienda bien: no estoy tratando de crear una amalgama entre conflictos de distinta naturaleza, ni de arreglar de un plumazo, por algún medio mágico, todos los problemas. Todo intento global carece de realismo, y es por tanto peligroso, y sirve de pretexto para quienes no quieren hacer nada.

Nuestra iniciativa implica el diálogo, el diálogo directo entre las partes interesadas, el acuerdo entre Estados vecinos o próximos, en fin, la garantía internacional irreemplazable que ustedes representan. Al final del camino volvemos a encontrar la idea de la conferencia internacional que asegure la puesta en práctica de toda negociación exitosa y actúe como su catalizador.

Y a partir de allí mismo se puede imaginar una cuarta etapa, que se dedicaría a la reducción mutua y consentida de los armamentos en esta región, a iniciar una cooperación que desde el Irán a Marruecos, del Oriente Medio al Atlántico, abriría el camino a la estabilidad y la prosperidad de una región que en razón de su historia, su cultura y su aporte inmemorial al género humano, está llamada a ejercer la influencia que le corresponde en los asuntos del mundo.

Pero volvamos a nosotros mismos, si me lo permiten. Todos tenemos también que contestar los interrogantes que surgen de todos lados. Tantas resoluciones del Consejo de Seguridad que se han convertido en letra muerta - debido, quiero creer, a la neutralización recíproca resultante del antagonismo Este-Oeste que ha condenado al Cercano Oriente y al Oriente Medio a una especie de guerra ruinosa y desesperada - alimentan hoy, con alguna razón, la desconfianza del mundo árabe ante la diligencia repentina demostrada por las Naciones Unidas cuando se trató del Iraq. Y es cierto que hay en esta

carencia una referencia fastidiosa que quita validez a la autoridad justa de nuestras últimas decisiones. En verdad, en una circunstancia parecida a la que nos concita, creo imposible no decirlo en voz alta: el derecho debe ser parejo para todos en su principio y en sus efectos.

Quisiera ahora insistir en un aspecto de capital importancia, al cual no he dejado de referirme, entre otros, en distintas instancias internacionales y al que los sucesos de actualidad ponen bajo una luz implacable. Si bien el conflicto en el Oriente Medio no entra en la categoría de Norte-Sur porque no se han enfrentado un país rico y uno pobre, no es menos cierto que el embargo, la disminución en el suministro de petróleo y el aumento de su precio agravan las condiciones de vida ya difíciles de los países en vía de desarrollo. Cae de su peso, y lo suscribo totalmente, que hay que acudir en ayuda de quienes, por estar cerca del lugar del conflicto, son alcanzados en forma directa por la crisis actual. Pero más allá de eso conviene reiniciar el debate siempre inconcluso sobre las relaciones Norte-Sur, entre los ricos y los pobres, entre los países altamente industrializados y los que no pueden pagar sus deudas ni reanimar su economía anémica o reducida a la nada.

Ya estamos próximos al año 2000, pero mueren diariamente de hambre o enfermedades alrededor de cuarenta mil niños a pesar de que existen tratamientos o vacunas. Dentro de pocos días se celebrará aquí mismo una reunión de alto nivel dedicada a los problemas de la infancia.

Dentro de pocos días se celebrará en Nueva York una Cumbre Mundial en favor de la Infancia con el fin de examinar esos problemas. Pero también tenemos que tomar conciencia de que existen injusticias que constituyen en sí mismas una violencia intolerable que, a su vez, da origen a nuevas injusticias. ¿Cómo puede esperarse que esos cientos de millones de seres humanos arrojados a la miseria más abyecta y privados de todo, incluso de un futuro, tengan conciencia de la existencia de una sociedad basada en el derecho? ¿Quién va a someterse a la ley si él mismo es excluido, repudiado o rechazado? Les guste o no, el Norte y el Sur son socios en una historia común. Ya es tiempo de que ambos lo entiendan. Los progresos logrados en los últimos tiempos están aún muy lejos de ser suficientes. ¿Es normal que los países que se han endeudado para desarrollar una economía en barbecho sean aplastados por el peso de esa deuda, o que los pueblos trabajen y produzcan más para recibir menos, con el único objetivo de pagar intereses sometidos a las fluctuaciones de las monedas extranjeras? ¿Es normal que el Africa y América Latina, por mencionar sólo a estos continentes, hayan experimentado durante el decenio pasado una constante disminución en los ingresos provenientes de la exportación o que, a pesar de las grandes sumas que reciben en concepto de asistencia, el Sur financie al Norte, porque la transferencia neta del Sur al Norte aumentó este año en 10.000 millones de dólares, alcanzando así la suma de 40.000 millones de dólares?

Sin embargo, podemos notar cierto progreso. Durante la Conferencia de las Naciones Unidas sobre los Países Menos Adelantados celebrada este mes en París pudimos notar esta tendencia feliz pero insuficiente. En 1988 en Toronto, y en 1989 durante la reunión cumbre celebrada en el Grand Arche, en París, los países industrializados más importantes decidieron aplicar diversos procedimientos para lograr una reducción de la deuda pública. Algunos Estados, entre los que se cuenta Francia, condonaron la totalidad de la deuda de los países más pobres. En cuanto a la Comunidad Europea, por medio de la renovación de los acuerdos de Lomé con 67 países de Africa, el Caribe y el Pacífico y de un importante aumento en sus contribuciones tomó en cuenta una realidad que estaba a punto de volverse explosiva y sentó asimismo las bases de una primera aproximación para la exportación de los productos de esos países.

Otras iniciativas han intentado remediar un desequilibrio endémico que, no obstante, no hará sino seguir aumentando. ¿Pero cómo pueden estas medidas resistir los movimientos especulativos relacionados con las materias primas? Espero fervientemente que se debata un plan mundial de ayuda al mundo en desarrollo, un plan largamente anunciado y largamente esperado, que se alimentaría de nuevos recursos y que volvería a poner en escena, para un examen a fondo, a los actores de una tragedia que bien acabar con todas las tragedias si no nos decidimos a cambiar de género, de ritmo y de objetivos.

A pesar de todo lo que acabo de decir, creo que se inicia para la humanidad una era de esperanza si los pueblos aceptan que tienen que vencer lo que creen que es la fatalidad de la historia y de sus intereses. Sí, créanme, es posible, es posible. Tras haberse destruido entre sí durante tres guerras en menos de un siglo, Francia y Alemania han sellado su reconciliación. Es un ejemplo extraño. Hoy gozan de una alianza privilegiada, pertenecen a la misma comunidad, se reúnen, se estiman y están estableciendo una amistad. En estos momentos en que estoy hablando, a pocos días de la unidad alemana, lejos de revivir en la memoria las tragedias vividas por uno y por otro, nuestros dos pueblos miran el futuro desde un mismo ángulo. Desde Nueva York, hago llegar a los alemanes que se aprestan a celebrar este gran momento de su historia los deseos que Francia, por mi intermedio, formula para ellos.

Como es sabido, este entendimiento entre Francia y Alemania existe, se afirma, en el seno de la Comunidad Europea de los Doce; y allí también, ¡cuántas peripecias, cuántos combates, cuántas ambiciones contrarias y seculares que se resolvieron, hace 40 años, por medio de una empresa audaz, casi increíble, por la que países de Europa - primero 6, luego 9, luego 10 y finalmente 12 - unieron sus destinos de tal manera que muy pronto habrán desaparecido las fronteras y aparecerá un mercado único, una unión económica y monetaria y una unión política sin precedentes que reunirá a alrededor de 340 millones de habitantes!

Pensemos en todo lo que fue necesario en la voluntad y en la imaginación de los hombres de la generación inmediatamente posterior a la guerra para conducirnos a estos primeros resultados. No obstante, ya esta aquí un proyecto más vasto aún, que viene a completar al otro y que hace que nosotros,

los europeos, miremos más allá de la Comunidad Europea de los Doce, hacia el horizonte de la Europa continental, la de la geografía y la historia. La Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa, que tendrá lugar en París el 17 de noviembre próximo, definirá el contenido de ese plan y creará los organismos permanentes que trabajarán en pos de esa Europa. ¿Cómo sería hoy nuestro viejo continente si la audacia no se hubiera impuesto sobre las ideas recibidas, si los pueblos y sus dirigentes no hubieran aceptado construir un futuro diferente del pasado?

En esa Europa existen los llamados países del Este, que ayer pertenecían a otro sistema opositor y adversario. Helos ahí, artífices de sus propios destinos. ¿Pero de qué manera, por qué medios? ¿No deberían acaso dirigirse a la Comunidad Económica Europea, sea para asociarse a ella, sea para trazar el camino que los llevará a esa unión? Tenemos que pensar en ellos. Son nuestros hermanos y sus pasos serán los nuestros, en espera del día de que ya hablé en Francia, cuando un vínculo más estrecho reúna a todos los países de Europa - los del este, los de la comunidad, los de las zonas de libre cambio, los que no responden a ningún sistema - en lo que he llamado una confederación, quiero decir, en el seno de una organización que tendrá sus normas, una organización en que cada uno podrá encontrarse con el otro y construir su futuro, como es la vocación de los responsables.

Así como aún hay que construir el futuro, hay que bregar por el desarme, una esfera en que Europa ha sido el primer campo de aplicación real. Pero cada uno de los que hoy están aquí sabe bien que el desarme es una necesidad en todo el mundo y sabe además que, entre nosotros, la tarea está muy lejos de haber concluido.

Las Conversaciones de Viena sobre el desarme llamado convencional deben concluir lo antes posible, pero en las otras esferas, las de las armas biológicas, químicas y estratégicas, el nuevo equilibrio mundial no podrá seguir soportando la ruinosa y desesperante carrera de armamentos.

Nuestros antepasados, desde comienzos de este siglo y fines del anterior, tradujeron sus sueños de paz en tres palabras: desarme, arbitraje y seguridad colectiva. Esos mismos antepasados no conocieron más que el desorden, la dictadura y la guerra, todo al mismo tiempo. Asegurémonos que, por intermedio de las Naciones Unidas, el derecho, la solidaridad y la paz reinen finalmente en los nuevos tiempos.

El PRESIDENTE (interpretación del francés): En nombre de la Asamblea General quiero agradecer al Presidente de la República Francesa la importante declaración que acaba de pronunciar.

El Sr. François Mitterrand, Presidente de la República Francesa, es acompañado fuera del Salón de la Asamblea General.

TEMA 9 DEL PROGRAMA

DEBATE GENERAL

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): Quiero recordar a los representantes que, de conformidad con la decisión adoptada por la Asamblea General en su tercera sesión plenaria, la lista de oradores se cerrará el miércoles 26 de septiembre de 1990, a las 18:00 horas. Ruego a las delegaciones que tengan a bien indicar la duración aproximada de sus intervenciones, con la mayor exactitud posible, para poder organizar nuestras reuniones de una manera ordenada.

Deseo asimismo recordar a los miembros la decisión adoptada por la Asamblea General en su tercera sesión plenaria, celebrada el 21 de septiembre, en el sentido de que no se deben expresar felicitaciones en la Asamblea General después de haberse pronunciado un discurso.

Al respecto, deseo también recordar a los miembros otra decisión tomada por la Asamblea en la misma sesión en el sentido de que los oradores que participen en el debate general, después de formular sus declaraciones, deberán abandonar el Salón de la Asamblea dirigiéndose a la sala GA-200, ubicada detrás del podio, para regresar después a sus asientos.

Sr. HANNIBALSSON (Islandia) (interpretación del inglés):

Sr. Presidente: En primer lugar, permítame felicitarlo por su elección al alto cargo de Presidente de este foro de las naciones del mundo. Le deseo pleno éxito y le prometo el apoyo sincero de mi delegación.

También me complace aprovechar esta oportunidad para dar la bienvenida a Liechtenstein, integrante de la Asociación Europea de Libre Intercambio, como nuevo Miembro de las Naciones Unidas.

Este año nuestro período de sesiones se celebra con el telón de fondo de acontecimientos que han sacudido al mundo. En pocas ocasiones las Naciones Unidas han tenido que enfrentar retos en los asuntos mundiales tan diversos y exigentes como los actuales. Al mismo tiempo, tenemos la oportunidad inusitada de hacer que nuestra Organización haga realidad los sueños de sus fundadores.

En los 12 meses pasados un torbellino de cambio ha sacudido al mundo. El ambiente de cooperación y confianza mutua ha reemplazado a la atmósfera de enfrentamiento y desconfianza que perturbaron las relaciones Este-Oeste durante más de 40 años. En Europa central y oriental han caído las dictaduras y la ideología del comunismo ha quedado totalmente desacreditada. Dentro de pocos días Alemania se reunificará, aboliéndose de esta forma el último símbolo de una Europa dividida. Se han creado así las condiciones para el establecimiento de un nuevo orden de paz y estabilidad en Europa; en pocas palabras, para la reconstrucción de una Europa cabal y libre.

Los efectos benignos de esta profunda transformación se han sentido en todo el mundo. Por primera vez podemos ahora esperar que las energías, que antes se habían agotado en la competencia militar y en la búsqueda egoísta de los intereses nacionales, se canalicen hacia esfuerzos de cooperación al servicio de toda la humanidad. El compromiso nuevo y sin precedentes de acción colectiva también ha traído como consecuencia algunas ventajas indiscutidas para las Naciones Unidas.

Asimismo, ha eliminado obstáculos y ha dado a la Organización un alcance mayor para ejercer sus atribuciones en el interés de la seguridad mundial, en virtud de la Carta de las Naciones Unidas. Los éxitos recientes, especialmente en lo que se refiere a controversias regionales, han dado nuevo vigor a la confianza que el público tiene en la Organización mundial.

Pero es una circunstancia muy peculiar el hecho de que precisamente en un momento tan triunfante de su historia las Naciones Unidas tengan que enfrentarse con la prueba más seria de su carácter en los años recientes. La invasión y anexión de Kuwait por el Iraq no sólo constituye una violación flagrante del derecho internacional, sino también un ataque frontal a los mismos ideales de las Naciones Unidas. Nuestra tarea primordial ha de ser garantizar que esta primera crisis importante del período de la posguerra fría no nos haga dar marcha atrás al reloj en los asuntos internacionales.

La comunidad mundial ha condenado la agresión brutal y los actos injustificables perpetrados contra miles de nacionales extranjeros que el Iraq detiene en contra de su voluntad. El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ha reaccionado rápida y unánimemente. Pero se necesitará más. Para restituir la calma al Golfo Pérsico la comunidad mundial debe demostrar su apoyo indivisible a las resoluciones del Consejo de Seguridad y a las acciones de aquellos que, de conformidad con esas resoluciones, han asumido la carga de establecer una fuerza multinacional en la zona del Golfo. Dado el costo enorme que implica para varios Estados, esto exigirá un grado inusitado de decisión y cooperación. La falta de aporte de la solidaridad necesaria conlleva el riesgo no sólo de socavar la autoridad de las Naciones Unidas sino también de socavar el progreso que hasta la fecha hemos logrado en nuestra ardua y larga lucha por la paz en todo el mundo.

El despliegue de la agresión militar de que recientemente hemos sido testigos en el Golfo Pérsico revela el carácter volátil de la paz en el mundo, aún en momentos en que las superpotencias han forjado una nueva asociación para contener esta crisis. Debemos recordar que la paz en el mundo no es simplemente la ausencia de guerra sino que presupone la aceptación de preceptos fundamentales de conducta internacional, incluido el respeto a la soberanía nacional, el derecho a la libre determinación y la inviolabilidad de las fronteras internacionales.

En el contexto europeo, estos principios se han incorporado en el Acta Final de Helsinki de la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa. Es por ese motivo que saludamos la unificación de Alemania, de conformidad con los deseos de la nación alemana, que tendrá lugar dentro de pocos días. El establecimiento de una relación jurídica nueva entre las partes interesadas ofrece ahora una perspectiva realista de estabilidad a largo plazo en el continente europeo.

Sin embargo, mientras se está esbozando un nuevo orden en Europa, no debemos ignorar las características que aún perduran de la era de la posguerra que testarudamente han resistido a las fuerzas del cambio. La situación de las repúblicas bálticas es uno de los casos. Las naciones del Báltico eran Estados independientes, reconocidos como tales por la comunidad internacional, un hecho que la ocupación militar y la anexión no pueden cambiar.

A la larga, no puede haber solución a este problema que no sea el reconocimiento pleno del derecho de estas repúblicas bálticas a la independencia. Es de encomiar que se haya entablado ahora un diálogo político entre las repúblicas del Báltico y los dirigentes de la Unión Soviética y sus repúblicas constituyentes, que, abrigamos la esperanza, abrirá el camino a una vuelta ordenada al status quo ante.

Mientras tanto, Islandia, como otros países nórdicos, desea que la cooperación se extienda a las repúblicas del Báltico a varios niveles. Islandia, además, saluda la participación plena de las repúblicas del Báltico en la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa.

Si bien pueden persistir elementos del legado de nuestra posguerra, no podemos negar que la paz armada entre las principales Potencias se ve reemplazada gradualmente por una serie de relaciones más confiables en donde el control de armamentos negociado y el fomento de la confianza desempeñan un papel importante.

El acercamiento Este-Oeste ha realzado las perspectivas de un importante control de armamentos. Se ha logrado un progreso considerable en tres importantes categorías de armas modernas: convencionales, nucleares y químicas.

En el sector convencional es de suma importancia que pueda concertarse lo antes posible un tratado entre los países miembros de la Organización del Tratado del Atlántico del Norte y aquellos del Pacto de Varsovia, para reducir las fuerzas convencionales en Europa. Un acuerdo sobre las fuerzas convencionales, que debe resultar en una postura defensiva de las fuerzas militares en el continente, constituye el requisito básico para una nueva estructura de seguridad en Europa. Es de esperar que las negociaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética para reducir y limigar sus fuerzas nucleares estratégicas también lleven a la reducción sustancial de la amenaza nuclear en un futuro próximo.

El renacimiento actual de las Naciones Unidas debe servirnos para poner de relieve la útil labor de la Organización en la esfera del control de armamentos, tanto en la Asamblea General como en la Conferencia de Desarme. En la Conferencia de Desarme sigue siendo prioritaria una convención global sobre una prohibición total de armas químicas. A la luz de la experiencia amarga del pasado, es deplorable que éstas, las más aborrecibles de las armas modernas, puedan seguirse usando contra civiles inocentes.

Es de aplaudir que se haya restablecido el Comité Ad Hoc sobre la Prohibición de los Ensayos Nucleares dentro de la Conferencia de Desarme. En última instancia, debe ponerse fin a todas las pruebas de armas nucleares. Mientras tanto, las Potencias nucleares deben tomar medidas efectivas para prevenir la diseminación de la radioactividad proveniente de sus zonas de ensayos nucleares. Los países nórdicos, preocupados por los peligros serios que las emisiones y escapes radioactivos podrían plantear para el medio ambiente natural de la región del norte, han exhortado a la Unión Soviética a abandonar los planes de transferir todos sus ensayos nucleares a la isla de Novaya Zamlya.

El Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares sigue siendo el acuerdo multilateral más importante en cuanto a la limitación de armamentos y desarme. Desde su entrada en vigor, ningún Estado no nuclear parte en el Tratado ha adquirido armas nucleares. La reciente cuarta Conferencia de las Partes encargada del examen del Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares ha fortalecido aún más a este régimen. No obstante, sigue siendo motivo de preocupación el hecho de que varios Estados continúen fuera del Tratado. La crisis en el Golfo subraya la necesidad urgente de tratar en

forma más efectiva el problema de la proliferación en los sectores nuclear, químico y biológico.

En general, la dirección de las negociaciones en marcha sobre el control de armamentos es desarrollar regímenes para los grupos de armamentos más importantes: todo el espectro de las fuerzas nucleares, las fuerzas convencionales de tierra y aire en Europa y las armas químicas. El único sector importante de armamentos que todavía no se ha incluido en la agenda de control de armamentos es el naval. Más temprano que tarde, el control de armamentos también tendrá que extenderse a las fuerzas navales. En un contexto europeo, la no inclusión de las fuerzas navales en las negociaciones sobre el control de armamentos podría resultar en una diferenciación de las zonas de seguridad.

Nadie puede negar que el progreso en el control de armamentos ha tenido lugar, en su mayor parte, fuera de las Naciones Unidas. Pero éste no es el caso cuando se trata de la protección de los derechos humanos, en donde las Naciones Unidas han desempeñado una función central.

Las Naciones Unidas han sido pioneras en la definición de los derechos humanos mediante la Declaración Universal de Derechos Humanos y otros instrumentos. Habiendo fijado las normas, la Organización también ha actuado con decisión para aplicarlas. La comunidad de naciones ahora reconoce que los pronunciamientos de organismos internacionales sobre derechos humanos no deben considerarse como una injerencia inaceptable en los asuntos internos de los Estados. No obstante, esto tiene excepciones y el ejemplo obvio sigue siendo Sudáfrica.

La comprensión por los pueblos de Europa central y oriental, del papel indispensable de los derechos humanos en el logro de la prosperidad y la felicidad ha figurado, por cierto, entre los factores principales que han dado origen a los acontecimientos positivos en esa parte del mundo. Lamentablemente, esta lección del pasado reciente parece no haber sido aprovechada por los dirigentes de Sudáfrica, que todavía mantienen un sistema notorio de opresión.

Durante el último año ha habido una distensión, pero no se ha registrado un cambio importante en el sistema del apartheid. Persisten los males del sistema y es necesario seguir ejerciendo presión sobre los dirigentes sudafricanos para que respeten los derechos inalienables de todos los ciudadanos.

El Oriente Medio es otra zona motivo de creciente preocupación. Ultimamente, el problema de Israel y los palestinos se ha vinculado peligrosamente con la cuestión del Iraq y Kuwait.

El Iraq interpretó muy mal las circunstancias del momento y ahora se encuentra cercado por la enorme mayoría de los Estados que apoyan las resoluciones del Consejo de Seguridad. Con muy pocas opciones a su disposición, el Iraq ha tratado de agitar la oposición árabe a Israel para lograr que los Estados árabes se alinearan a su lado. Esta es una demagogia sumamente peligrosa.

Aun en el caso de que el Iraq no lograra extender el incendio en la zona del Golfo, seguiría en pie el difícil problema de Israel y los palestinos. Evidentemente, el arreglo pacífico de la controversia tendrá que ser parte de un nuevo orden global para toda la región del Oriente Medio. Para lograr esto, los árabes y los israelíes deben asumir ellos mismos el papel primordial.*

Ultimamente han surgido noticias más alentadoras en el Asia sudoriental. Durante cierto tiempo ha sido evidente que el complicado problema de Camboya sólo puede resolverse mediante los buenos oficios de las Naciones Unidas. El acuerdo entre las facciones que combatían en Camboya, de aceptar el marco de las Naciones Unidas para un arreglo pacífico global en Camboya, es un

---

* El Sr. Thompson (Fiji), Vicepresidente, ocupa la Presidencia.

acontecimiento muy importante. Para lograr la paz debe eliminarse toda posibilidad de que el Khmer Rojo pueda asumir el poder. Es de esperar que el arreglo pacífico global marque el principio de una nueva solución estable de seguridad para la región del Asia sudoriental en su conjunto.

Me referí antes a los efectos saludables que ha tenido para el mundo la transformación de que hemos sido testigos recientemente en Europa. Pero no podemos desconocer que la asistencia financiera en apoyo de la actual tendencia hacia las economías de mercado en Europa central y oriental podría absorber una asistencia que de otro modo se hubiera asignado a los países en desarrollo. Si bien las opciones son difíciles, es imperativo que los países industrializados encuentren el equilibrio adecuado en este sentido.

El comercio mundial equilibrado y amplio depende de un mejoramiento económico tanto en los países de Europa central y oriental como en el mundo en desarrollo. Debe aliviarse la enorme carga de la deuda externa que soportan esos países y es necesario encontrar los medios para crear una participación más equitativa de los recursos financieros entre los países en desarrollo, por un lado, y el mundo industrializado por el otro.

La asistencia financiera y el alivio de la deuda deben combinarse con planes globales para un cambio estructural. La disminución de la brecha entre el Norte y el Sur también exigirá que se preste más atención a los factores sociales, al cuidado de la salud, a la nutrición y a la educación.

La tarea principal del desarrollo debe ser la de asegurar para los niños salud, nutrición y educación. En el centro de las actividades del mantenimiento de la paz, las Naciones Unidas han decidido concentrar en la niñez la atención del mundo mediante la reunión de alto nivel que se celebrará la semana próxima. Todos nosotros, los Estados desarrollados y en desarrollo, debemos dar gran prioridad a la niñez, que es nuestro futuro.

También debemos tener en cuenta que existe una vinculación directa entre el medio ambiente y el desarrollo.

La protección del medio ambiente es una de las cuestiones vitales que enfrentan las Naciones Unidas. Ya se han sentado importantes cimientos mediante el informe de la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, que ha ordenado prioridades y ha recomendado opciones futuras.

Para un país como Islandia, que depende excesivamente de los recursos marinos, la protección del medio ambiente es una cuestión de supervivencia. Desde nuestro punto de vista, reviste suma importancia la adopción de medidas eficaces contra la contaminación del medio marino, no menor que en el caso de las fuentes terrestres y los desechos radiactivos.

La protección del medio marino de la contaminación nuclear no ha sido abordada de manera adecuada. Después de Chernobyl, se prestó considerable atención a los reactores nucleares terrestres. Pero no podemos olvidar que los reactores nucleares marinos son, en realidad, usinas móviles. Como tales, no deben recibir una consideración menos seria que los reactores nucleares terrestres. Durante este período de sesiones de la Asamblea General, Islandia propondrá la realización de un estudio por expertos de las Naciones Unidas sobre los posibles riesgos que para el medio marino representan los accidentes en que están involucrados reactores nucleares marinos.

En opinión de Islandia, los instrumentos legales existentes en materia de protección del medio ambiente no son suficientes para lograr los resultados que deseamos, por lo que deben reforzarse. Deben negociarse tratados internacionales en campos específicos del medio ambiente. Esperamos que en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, a celebrarse en 1992, se concierten acuerdos sobre cambios climáticos y diversificación biológica. Pero se necesita un enfoque más global. Es preciso un acuerdo sobre los principios básicos que deben guiar a la comunidad de los Estados para garantizar el futuro mantenimiento de la vida en la Tierra. Esos principios deben consagrarse en un instrumento jurídico nuevo y conciso que sea aceptado por los gobiernos como una constitución o carta.

La Conferencia sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo tal vez sea nuestra mejor oportunidad para adoptar medidas realistas a fin de invertir la degradación ambiental de nuestro planeta. Debemos tener cuidado de que no se convierta en una reunión de generalidades vacías, simples declaraciones o planes de acción tímidos. Los problemas específicos del medio ambiente deben tratarse concretamente dentro del contexto general de un desarrollo sano y sostenido.

El tiempo no está a nuestro favor en esta gran empresa. Se calcula que durante los próximos dos años se extinguirán cerca de 100 millones de acres de selva tropical; 12.000 millones de toneladas de dióxido de carbono y otros contaminantes tóxicos infectarán el aire. En dos años se perderán 50.000 millones de toneladas de tierra productiva.

En verdad, cambiar el curso de las cosas en estas cuestiones de supervivencia será una empresa muy importante para nuestra regenerada Organización en los años y decenios venideros.

Sra. de ST. JORRE (Seychelles) (interpretación del francés): Sr. Presidente: Permítame hacerle llegar a mi vez las felicitaciones más calurosas de Seychelles por su elección unánime para desempeñar la Presidencia de la Asamblea General. Asimismo, expresamos nuestras felicitaciones a su predecesor, Sr. Joseph Garba, por la competencia con que dirigió las labores durante el cuadragésimo cuarto período de sesiones. Finalmente, quiero rendir un homenaje merecido al Secretario General de las Naciones Unidas, por los esfuerzos que dedica a la causa de la paz y la seguridad en el mundo entero. Queremos asegurarle nuestro apoyo en la pesada tarea que le incumbe.

Cuando estamos a punto de celebrar el cuadragésimo quinto aniversario de la existencia de nuestra Organización, no resulta inútil recordar, puesto que el momento es difícil, las circunstancias que condujeron a su creación: me refiero a la segunda guerra mundial, que fue una calamidad sin precedentes. Fue entonces cuando las naciones traumatizadas por esa guerra mortífera se decidieron a "preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra", legándonos así la Carta de las Naciones Unidas.

La Carta de San Francisco, en sus principios inmutables, sigue siendo la mejor garantía de la paz y de nuestra seguridad colectiva. Ciertamente, no siempre hemos sabido hacerla respetar. Pero el clima de distensión, de diálogo y de cooperación que predominaba hasta hace unas cuantas semanas, nos permitía presagiar un mundo mejor en el que todos tendrían su lugar.

Los recientes acontecimientos del Golfo, desafortunadamente, han oscurecido todos los horizontes. Una vez más ha prevalecido el recurso a la fuerza. La invasión y la ocupación de Kuwait constituyen una flagrante violación de la Carta de las Naciones Unidas y de la soberanía de un Estado. A través de esa violación se hace burla de toda la comunidad internacional. Este estado de cosas significa en sí un rechazo total de los deberes y las obligaciones de un Estado respetuoso del derecho internacional.

Nada sirve para justificar la invasión y anexión de Kuwait por el Iraq. Un acto de ese tipo procede de un razonamiento político caduco. Es nuestro deber condenar con vigor, dondequiera que se manifieste, cualquier ataque contra la soberanía, la independencia y la integridad territorial de los Estados.

En consecuencia, y de conformidad con el espíritu de la Carta de las Naciones Unidas, Seychelles exige el retiro inmediato y sin condiciones previas de las tropas iraquíes de Kuwait y la restauración de la soberanía de ese Estado. Instamos a las Naciones Unidas, a la Liga de los Estados Arabes y al Movimiento de los Países No Alineados a que redoblen sus esfuerzos con miras a encontrar una solución pacífica al conflicto que opone al Iraq a Kuwait.

La crisis actual es tanto más inquietante cuanto que pone de manifiesto conflictos de intereses no siempre justificados. Todos sabemos que la invasión de Kuwait desgraciadamente no es un caso aislado. Constituye un eslabón de una serie de afrentas y de agresiones militares que han estallado

cada vez que se han querido hacer prevalecer los llamados principios morales o intereses nacionales. Sin embargo, si los acontecimientos de un pasado relativamente cercano sirven para recordarnos que las relaciones de fuerza no pueden primar sobre el principio de la soberanía de los Estados, es nuestro deber encontrar conjuntamente una solución pacífica a cada situación concreta de conflicto.

Más que nunca, la comunidad internacional debe permanecer vigilante para prevenir una eventualidad de este tipo. La tarea nos incumbe a todos, moral y, sin duda, financieramente. Pero compete sobre todo a las grandes Potencias proteger a los Estados pequeños. Somos, desafortunadamente, muy pocos los que tenemos los medios de hacer prevalecer el respeto del derecho y de la moralidad más allá de nuestras fronteras, incluso de asegurar nuestra propia seguridad nacional.

Es evidente que la reacción en favor de Kuwait ha sido tan general porque la coyuntura, lo que está en juego y las consecuencias interesaban al mundo entero. Pero sería muy deseable que los mecanismos de movilización se activasen para cualquier otro Estado que fuera agredido. En cambio, si las grandes Potencias disponen de la fuerza de disuasión, no es menos verdad que ninguna de ellas, y en ningún caso, debe actuar sin un mandato de las Naciones Unidas.

La triste suerte de Kuwait, ¿no será, en cierta medida, el resultado de la carrera desenfrenada de armamentos de las grandes Potencias, en particular en el Oriente Medio? Aunque sea tranquilizador constatar que éste no es ya el caso, deseamos que el conflicto actual no ponga en tela de juicio, a mediano o a largo plazo, la política de desarme ya lograda. En lo que respecta a la crisis en sí, tenemos derecho a esperar que esas mismas grandes Potencias nos pongan al amparo de un conflicto desastroso.

La situación en el Golfo ha tenido por efecto no solamente arrebatar el lugar a otros problemas, sino también acentuarlos.

Pienso sobre todo en el Océano Indico. Desde hace años, la República de Seychelles no deja de reclamar que el Océano Indico se transforme en una zona de paz, seguridad y cooperación internacionales. Si el deshielo de las relaciones entre las grandes Potencias ha contribuido sin duda a modificar este panorama de tensión, la zona del Océano Indico sigue siendo aún objeto de

codicias. Este fenómeno no puede sino ampliarse ya que la coyuntura actual en el Golfo puede servir a cualquiera de pretexto para su presencia militar en nuestras aguas. Súbitamente estamos tan lejos y, sin embargo, tan cerca de los objetivos buscados desde que se aprobó la resolución 2832 (XXVI).

¿Debemos acaso pensar que la Conferencia Internacional sobre el Océano Indico está definitivamente comprometida? No lo creemos, y por ello hoy nosotros, paises ribereños del Océano Indico, renovamos nuestro llamamiento a quienes tienen el poder y la autoridad. Les pedimos que estén a la altura de sus responsabilidades, a fin de que la Conferencia de Colombo, esperada desde hace mucho tiempo, pueda tener lugar.

Sin embargo, debemos reconocer, es verdad, que a pesar de algunos reveses, la situación política mundial ha progresado. Pero hay aún numerosas esferas que la crisis del Golfo ha hecho emerger con más agudeza y que nos obligan a actuar. Pienso en la amenaza de las armas nucleares, en los problemas de los desechos tóxicos o en las armas químicas. Atrapados bajo el ángulo de esta espada de Damocles y de la crisis financiera actual y futura, la gestión del medio ambiente y el problema de la deuda y del desarrollo fluyen desde ahora en una dialéctica que yo calificaría de "infernal".

Es verdad que incumbe en primer lugar a los países en desarrollo poner en práctica verdaderos programas destinados a mejorar la gestión de su medio ambiente. En Seychelles el nuevo plan nacional que acaba de lanzarse en junio de 1990 constituye una renovación y una reafirmación de nuestro compromiso en favor del concepto de un desarrollo duradero, basado en consideraciones ecológicas. No se olvide que nuestro patrimonio es no sólo de interés nacional sino también de interés mundial. Cabe recordar que el 42% del territorio de Seychelles fue clasificado como reserva natural. Nuestra preocupación es justificada. Podemos incluso decir que nuestro medio ambiente es nuestro primer producto de exportación: nuestras dos industrias principales, el turismo y la pesca, dependen de él totalmente. Se trata del porvenir de nuestro país.

Sin embargo, a pesar de toda la buena voluntad, el desafío que plantea el medio ambiente no puede ser encarado individualmente. En este espíritu nos pronunciamos en favor de un enfoque concertado y multilateral para la búsqueda de soluciones duraderas y eficaces, frente a situaciones urgentes.

Es absolutamente necesario un apoyo claro de la comunidad internacional, en forma de recursos adicionales. Ello supone un redoble de los esfuerzos de los países industrializados y un compromiso de las responsabilidades conjuntas que vendrían a completar los programas y las medidas en pro del medio ambiente establecidas por los países en desarrollo. En este mundo interdependiente, el medio ambiente puede convertirse así en un eje privilegiado de la cooperación internacional.

Está claro que la Conferencia Internacional sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo prevista para 1992 deberá proporcionar la oportunidad de llegar a un acuerdo en torno a un plan de acción mundial y a medidas prácticas encaminadas a la protección del ambiente a comienzos del nuevo siglo. Mi país se congratula por la celebración de esta Conferencia y aportará su activa participación, en la medida de sus posibilidades.

No podemos esperar de este evento soluciones mágicas, pero el tiempo apremia. El año 1992 puede parecer lejano para quienes saben que los problemas del medio ambiente afectan su supervivencia. Por ello es preciso apoyar los esfuerzos de los países que ponen en práctica verdaderos programas de salvaguardia del medio ambiente. La iniciativa de redimir parte de la deuda externa de los países a cambio de la aplicación de programas de preservación del ambiente es un enfoque innovador que debe ponerse en práctica con más frecuencia. Sin embargo, creemos que en los hechos este enfoque ha resultado un tanto discriminatorio puesto que hasta ahora pocos países se han visto beneficiados por él. Es preciso que en el futuro todos los países que hayan dado muestras de una firme voluntad de preservación de la naturaleza puedan beneficiarse de la iniciativa. Es necesario encontrar una solución - cualquiera sea - pues de ello depende el futuro del planeta.

En cuanto a la situación económica internacional, nadie puede realmente inclinarse por un enfoque optimista. La situación económica de Africa y de los países en vías de desarrollo en general es más inquietante que nunca. Es inevitable comprobar que, si bien ha habido una mejora económica en ciertos países del tercer mundo, en muchos otros ha bajado dramáticamente el nivel de vida. El producto nacional bruto por habitante ha caído bruscamente debido a un aumento en los pagos de la deuda equivalente a más de un cuarto de los ingresos totales de exportación.*

Los países del tercer mundo se encuentran hoy al borde de un abismo de insolvencia y recesión jamás antes conocido. La crisis del Golfo, con todas sus repercusiones, no hace sino agravar una situación de por sí desastrosa.

Para muchos países, la crisis del Golfo significa el aniquilamiento de los logros de desarrollo más incipientes. No solamente se incrementarán mucho sus necesidades de divisas para reembolsar las deudas, importar petróleo o

---

* El Presidente vuelve a ocupar la Presidencia.

derivados y productos de primera necesidad, ino que la ayuda se tornará más escasa y costosa. Algunos países donantes ya han anunciado restricciones presupuestarias y reducciones de la ayuda. Ello significa que, cualquiera sea el resultado del actual conflicto, por rápido que sea, ya se ha desencadenado un proceso de desagregación.

Por tanto, parece más evidente que nunca que sólo una visión más constructiva del orden económico internacional permitirá prever una posible solución. Me parece que en ello corresponderá un papel preponderante a las Naciones Unidas, cuyo principal objetivo sigue siendo la construcción de un mundo más solidario.

Nos comprometen nuevos combates: la pobreza de millones de seres humanos, la amenaza contra nuestro medio ambiente, la aparición de nuevos focos de tirantez ... Pero no se trata de desafíos insuperables, sino que exigen una renovada fe en el diálogo y un nuevo clima de cooperación y concertación. Esperamos que la Asamblea General en este período de sesiones tome nuevo impulso hacia un futuro más seguro y contribuya a reiniciar el diálogo, instaurar la paz y crear un clima favorable para el desarrollo, tan gravemente amenazado.

Sr. SKUBISZEWSKI (Polonia) (interpretación del inglés): Sr. Presidente: Permítame felicitarlo por la elección de que ha sido objeto para dirigir las labores de este período de sesiones tan importante. También deseo transmitir al Secretario General, Sr. Javier Pérez de Cuéllar, las expresiones de nuestro profundo respeto por sus incansables servicios a la Organización. Es también con gran placer que Polonia da la bienvenida a Namibia y Liechtenstein al seno de la Asamblea.

En el curso del año transcurrido desde el último período de sesiones de la Asamblea General, hemos sido testigos del fin de la guerra fría. El mundo ha cambiado tanto que casi no lo reconocemos. Pero enfrentamos un nuevo peligro: el conflicto de la región del Golfo, que constituye un desafío enorme para el frágil tejido de las nuevas relaciones mundiales.

La cuestión clave de la estrategia política de las Naciones Unidas es la prevención del uso de cualquier medio, y especialmente del uso de la fuerza, contra la existencia e independencia de los Estados, incluida su integridad territorial.

He utilizado la frase "cuestión clave" porque los principios y normas que he mencionado constituyen la premisa de toda acción y empeño internacionales encaminados a poner en vigor los objetivos globales de la comunidad mundial organizada. Las Naciones Unidas no podrán tener siquiera la menor incidencia en ninguna de las esferas básicas de la cooperación internacional si la agresión queda impune, si se violan las fronteras, si se anexan los Estados.

Por consiguiente, al considerar los efectos de la agresión iraquí contra Kuwait, debemos tener conciencia de que están en juego nada menos que la razón de ser y el propósito mismo de nuestra Organización. Nos encontramos en un momento crítico, pero existen razones para abrigar cierto optimismo.

Una de esas razones es el hecho de que el Consejo de Seguridad esté por fin en condiciones de ejercer los poderes para los que está facultado, lo cual con frecuencia no ocurrió en el pasado, pese a que se produjeron fricciones y conflictos internacionales que exigían una acción resuelta.

Mucho se ha hablado, especialmente en los últimos años, dentro y fuera de la Organización, de la adaptación de las estructuras y los mecanismos de las Naciones Unidas. En el caso de la agresión iraquí contra Kuwait, la Organización pudo poner debidamente en marcha los mecanismos que prevé la Carta. Permítaseme, al respecto, citar a un distinguido jurista francés, el extinto magistrado Guy de Lacharrière, quien, refiriéndose a los cambios necesarios en la Organización, se preguntó con razón: ¿no será la aplicación de la Carta la reforma más importante? Esto es lo que está ocurriendo y debe merecer nuestro apoyo como el procedimiento normal. Si se produce un ataque armado contra un Miembro de las Naciones Unidas, la Carta, incluido su Artículo 51, otorga amplias facultades para restablecer la independencia y las fronteras existentes del Estado agredido.

Otro motivo de satisfacción es la respuesta internacional a las resoluciones del Consejo de Seguridad relativas a la agresión iraquí.

Polonia las aplica plenamente y tomará toda medida necesaria que ordene o autorice el Consejo de Seguridad. Hemos prohibido las importaciones y exportaciones del Iraq y de Kuwait ocupado y hemos tomado otras medidas de conformidad con las decisiones del Consejo de Seguridad. Cabe señalar que compañías y empresas polacas han perdido muchos negocios debido a la interrupción del comercio con el Iraq y Kuwait. Nuestro apoyo y participación en la acción de las Naciones Unidas nos ha costado hasta la fecha 570 millones de dólares y creemos que esta suma aumentará y a fines de año alcanzará a 1.400 millones de dólares. Estas pérdidas se producen en momentos cruciales de nuestra reforma económica y constituyen un golpe muy serio para nuestro esfuerzo nacional.

Sin embargo, creo que ciertos valores nacionales e internacionales no pueden medirse de acuerdo con su precio. Deben promulgarse y fomentarse a cualquier costo. Sin ellos perderíamos cualquier sentido de propósito. Uno de esos valores es la solidaridad entre los hombres y las mujeres en la dimensión nacional e internacional.

Durante los últimos diez años el concepto y la ética de la solidaridad han tenido un impacto inusitado sobre la vida pública de Polonia, a pesar del contrapeso obvio creado por las realidades de la política cotidiana. Creo que al introducir la solidaridad como un concepto básico de la actividad pública los polacos han demostrado que en nuestro mundo de violencia y egoísmo ilimitados, de riqueza increíble para algunos y pobreza inhumana y humillante para otros, se divisa un mejor camino hacia adelante. La idea y la práctica polacas de la solidaridad han tenido un impacto internacional y han contribuido a la creación de circunstancias propicias para el gran acontecimiento de nuestra época: la caída del totalitarismo en Europa y la consecuente unificación de Alemania. En el día de la unificación, la nación polaca hace llegar sus mejores y más cordiales deseos a la nación alemana y espera forjar una comunidad de intereses con su vecino occidental.

Hemos iniciado la construcción de un orden de posguerra fría. La arquitectura todavía se está definiendo. Debemos mirar a largo plazo, pero hay algo muy cierto: las Naciones Unidas enfrentan una tarea tremenda y un reto que hace época.

Por supuesto, existe la necesidad real de establecer nuevos arreglos regionales, especialmente uno que responda a las lecciones que hemos aprendido de la actual crisis del Golfo Pérsico.

Efectivamente, Polonia lamenta que hasta la fecha el conflicto no se haya resuelto por medios pacífico dentro de la familia de naciones árabes. Siempre hemos tenido relaciones cordiales y vínculos de diferente carácter con esa familia árabe, y deseamos mantenerlos siempre que se respete el imperio internacional del derecho.

Por esos motivos, sin olvidar sus relaciones con el islam en los últimos siglos, y evidentemente consciente de que el presente es diferente al pasado, Polonia apoya la elaboración de políticas estables y de largo alcance con los países árabes, y en general con los países islámicos. Lo que quiero decir es políticas de Estados que participan en el proceso de Helsinki.

Sin embargo, hoy en día la respuesta más inmediata reside en la aplicación de la Carta de las Naciones Unidas. El problema, desde el punto de vista político y económico, es global. Esta es la dimensión internacional de la solidaridad entre los pueblos y las naciones.

Con este espíritu, Polonia ha decidido participar en el esfuerzo multinacional y enviar un buque hospital y un hospital de campaña a la zona del Golfo.

Al condenar la agresión y ocupación debemos también recordar que ha habido otras violaciones del derecho internacional. La ley prohíbe la toma de rehenes de cualquier forma que sea. Deben reivindicarse los derechos humanos de los extranjeros en el Iraq y Kuwait ocupado.

Finalmente, deseo decir que en nuestra opinión Kuwait continúa existiendo como Estado a pesar de la invasión y de lo que ha sucedido después. Es una norma tanto de las Naciones Unidas como del derecho internacional general que:

"No se reconocerá como legal ninguna adquisición territorial derivada de la amenaza o el uso de la fuerza." (resolución 2625 (XXV), anexo, párr. 1)

La República de Polonia respeta el imperio del derecho en las relaciones internacionales. Escuché con profunda satisfacción las palabras del Sr. François Mitterrand, Presidente de la República Francesa, sobre el imperio del derecho en la comunidad internacional. Apoyo todas sus palabras.

El Decenio de las Naciones Unidas para el Derecho Internacional debe realzar el imperio del derecho internacional y fomentar su desarrollo progresivo y su codificación.

Durante el Decenio debemos prestar mayor atención a la importante labor de la Comisión de Derecho Internacional y al grado en que cumple su mandato. La Comisión no debe abordar temas y debates que pertenecen al sector académico. Debe abordar las cuestiones legales importantes de nuestra época, y al mismo tiempo debe elaborar tratados específicos sobre problemas que fomenten la regulación de dichas cuestiones. También cabe que la Comisión coopere con otras organizaciones internacionales en este sector. Uno de los casos es la protección del medio ambiente.

Dentro de la Asamblea debe realzarse el papel de la Sexta Comisión. Especialmente, tanto la Comisión de Derecho Internacional como la Sexta Comisión deben participar en los procedimientos de la Asamblea cuando ésta desee aprobar una resolución con fuerza de ley o declarativa. Generalmente, el papel actual de la Sexta Comisión es demasiado estático.

Una de las salvaguardias del imperio del derecho es el funcionamiento de los tribunales internacionales. Incluso las controversias políticas más agudas tienen sus aspectos legales y pueden resolverse en los órganos judiciales. Estos arreglos sin duda alivian la tirantez y contribuyen a la eliminación de conflictos entre Estados cuando la diplomacia clásica es impotente. El número considerable de casos que están ahora ante la Corte Internacional de Justicia de La Haya es un buen augurio del respeto del derecho por los Estados.

Como prometió el año pasado en esta Sala, Polonia ha aceptado la jurisdicción obligatoria de la Corte de La Haya.

Polonia apoya la idea de la creación de una corte criminal internacional o de otro mecanismo con jurisdicción sobre las personas.

Mi país asigna fundamental importancia a la protección de los derechos humanos como un factor para la preservación de la paz y la democracia. Próximamente adheriremos al Protocolo Facultativo del Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos. Hemos aceptado la competencia del Comité de Derechos Humanos con arreglo al artículo 41 de ese Pacto. Estamos dispuestos a transformarnos en parte de la Convención Europea de Derechos Humanos y a desarrollar una dimensión humana mayor del proceso de Helsinki. Estamos considerando la posibilidad de participar en la Convención de 1951 relativa al Estatuto de los Refugiados.

Polonia se ha comprometido activamente en la labor de la Convención sobre los Derechos del Niño. Hace pocos días la Cámara Baja del Parlamento polaco (la Diet) aprobó una ley autorizando a los Jefes de Estado a ratificar la Convención.

Los acontecimientos del año pasado han reafirmado el papel de las Naciones Unidas en el mantenimiento de la paz. La cooperación entre numerosos Estados, incluyendo los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, ha permitido a las Naciones Unidas llevar a cabo el cumplimiento de sus responsabilidades. Polonia ha contribuido a los esfuerzos para el mantenimiento de la paz. Más de 16.000 soldados polacos han servido bajo la bandera de las Naciones Unidas en el transcurso de los últimos 17 años. Polonia está dispuesta a continuar participando en las operaciones de mantenimiento de la paz.

Polonia apoya el plan sobre Camboya y declara su disposición a unirse al mecanismo internacional previsto para la puesta en aplicación de tal plan.

En estas circunstancias, es importante recordar la definición de las Naciones Unidas en cuanto a que la paz no tiene un carácter negativo: de acuerdo con la Carta, la paz no significa la mera ausencia de conflicto armado. En este mundo cada vez más interdependiente sería un exceso de simplificación considerar a los conflictos militares, a los nacionalismos o al armamentismo como las únicas amenazas para nuestra seguridad común. La disparidad entre países ricos y pobres, entre la abundancia y la pobreza, es otro reto fundamental a las Naciones Unidas.

La falta de crecimiento en los países en desarrollo, la migración masiva, los bajos niveles de vida que alientan el tráfico de drogas y la violencia, el síndrome de inmunodeficiencia adquirida (SIDA), la producción industrial que no respeta fronteras constituyen todas amenazas que enfrenta la humanidad. Un nuevo arreglo, consistente en la reducción de la deuda, en la transferencia de tecnología, en líneas de crédito, en inversión directa y en acceso a los mercados parece ser la respuesta para los países inmersos en un círculo vicioso de retrogradación, inestabilidad sociopolítica y crisis financiera.

El endeudamiento externo permanece en el primer plano. A nuestro juicio hay urgente necesidad de un procedimiento imaginativo para la reducción de la deuda, incluyendo esquemas destinados a impedir una mayor polarización entre los acreedores y los deudores, así como la reintegración de los deudores al comercio y la economía mundiales.

Otra cuestión fundamental se refiere al medio ambiente. Su Excelencia, el Sr. Fernando Collor, Presidente de la República Federativa del Brasil, acaba de formular comentarios inspiradores sobre esta cuestión. Desearía referirme, asimismo, a las opiniones recientemente expresadas en torno a este problema por Su Excelencia la Sra. Danielle de St. Jorre, Ministra de Planeamiento y de Relaciones Exteriores de Seychelles. La creciente interdependencia entre el desarrollo económico y el medio ambiente debiera estar siempre presente en nuestros pensamientos. Polonia acoge con beneplácito la Conferencia sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo a celebrarse en Brasil en 1992. La reciente Conferencia de los Estados Bálticos, celebrada en Ronneby, Suecia, fue un buen ejemplo del enfoque regional del problema.

Muchos países han padecido profundas pérdidas como consecuencia del actual conflicto en el área del Golfo. Su Excelencia, el Sr. François Mitterrand incluyó ese problema en su propuesta de cuatro puntos. Debería crearse un mecanismo internacional por el cual las ganancias adicionales de los exportadores de petróleo sean transferidas, en parte, a aquellos países importadores de petróleo que han padecido gravemente como consecuencia del conflicto.

Finalmente, deseo expresar unas pocas palabras acerca de los cambios en Europa oriental y central. El sistema unipartidario, que no funciona, con una economía planeada, o erróneamente planeada, ha dado paso a la democracia parlamentaria y a la economía de mercado como dos factores interconectados. La libertad política y la reforma económica no pueden vivir la una sin la otra.

La resistencia al totalitarismo en mi país, como una expresión del deseo de libertad, de dignidad y de independencia, condujo al surgimiento del sindicato Solidaridad. El sindicato Solidaridad rechazó el uso de la fuerza y no obstante el movimiento reformista fue victorioso. El proceso que así surgiera se ha transformado ahora en irreversible, pese a los sufrimientos inherentes a la transición. Los polacos como nación y Polonia como Estado se han transformado nuevamente en soberanos. Hablamos con nuestra propia voz y hemos vuelto a tener nuestro futuro en nuestras manos.

El legado de Yalta de esta manera ha quedado relegado a la historia. El mundo una vez bipolar se ha transformado en un mundo multipolar donde la noción de Este y Oeste ha perdido toda relevancia política, excepto la de carácter geográfico.

La transición hacia una economía de mercado en Europa central y oriental se acompaña de un reajuste estructural. Debiera haber una reducción sustancial de la deuda, un paquete de amplia ayuda técnica y de capital y un mejor acceso a los mercados. Tal programa podría diseñarse sobre las ideas del Plan Marshall.

Hace un año, después de un largo período de estacamiento económico, Polonia se incorporó al difícil camino de una economía de mercado, al costo del desempleo, la recesión transitoria y la creciente declinación de los niveles de vida. Primordialmente, la transición es nuestra propia responsabilidad. No obstante, cuando el éxito de una evolución sin precedentes y un cambio pacífico están en peligro junto con la estabilidad de nuestra parte de Europa, el apoyo externo puede resultar crítico. A medida que desaparecen las divisiones políticas en Europa constituiría un tremendo error permitir que se consoliden divisiones económicas.

Sr. Presidente: hace pocos días en una entrevista periodística usted acertadamente señaló que anteriormente, las ideologías políticas habían

obstaculizado el funcionamiento de la Organización. Ahora, nosotros - así lo espero -, entramos en una era en que las ideologías serán cada vez menos vocingleras y tendrán poca resonancia en la política internacional, y en la que el papel de los factores ideológicos en cuanto a las relaciones entre los Estados se verá tremendamente reducida y desaparecerá. Celebramos tal acontecimiento. Se debiera destacar el significado de la moralidad internacional. Su Excelencia la Sra. Danielle de St. Jorre acaba de referirse, de manera muy pertinente, a la moralidad. Estoy seguro de que la presencia de la moralidad - estoy seguro - demostrará que es el elemento estabilizador más poderoso en circunstancias en que las Naciones Unidas se han tornado más dignas de crédito.

Se levanta la sesión a las 13.20 horas.